

Y como se había propuesto  
 No dársela por esposa,  
 Sino á aquel que amara á Rosa  
 A par de su eternidad,  
 Espuso al mozo á una prueba  
 Tan fuerte, á un choque tan rudo,  
 Que resistirlo no pudo  
 La frágil humanidad.

El, con su ciencia, hizo á Rosa  
 En una muerte aparente  
 Caer..... ¡el Omnipotente  
 Castigó su vanidad!  
 Porque al llegar á ella Cárlos,  
 Creyó verdad la apariencia;  
 Perdió el juicio y..... de su ciencia  
 Vió el doctor la ceguedad.

¿Sabeis en lo que dió el loco  
 Don Cárlos? En su castillo  
 Con el cincel y el martillo  
 Hizo otra Rosa.

D. CARLOS. —Es verdad.  
 DOCTOR. —Y ¿sabeis lo que hizo el médico  
 Para curar su locura?  
 Pues le robó su escultura  
 Y le dió á Rosa. Mirad."

A esta palabra, su mano  
 Del salon hácia la puerta  
 Tendiendo el doctor, abierta  
 Cual de un conjuro el poder  
 Fué de repente, y Don Cárlos  
 Dió un grito, al mirar por ella  
 A Rosa cual nunca bella  
 Sonriendo aparecer.

Era Rosa en cuerpo y alma:  
 Era Rosa, el complemento  
 Del maravilloso cuento  
 De Idalkan y del doctor:  
 Rosa, que al pecho prendida  
 Trae la Rosa hecha por Cárlos,  
 Y su alba mano tendida  
 Al espantado escultor.

En pié y convulso, en sí mismo  
 Sintió este un cambio violento  
 Viéndola que á paso lento  
 Acercándosele vá;  
 Llegóse á él y, al contacto  
 De su mano como herido  
 Del rayo, dió sin sentido  
 De espaldas en el sofá.

Rosa, aterrada, á su lado  
 Precipitóse de hinojos,  
 Con el llanto de sus ojos  
 Queriendo darle calor:  
 Y el baron que lo comprende  
 Todo al fin, muerto creyéndole,  
 Quiso acudir: mas asiéndole  
 Del brazo á tiempo el doctor,

Le dijo: "no deis un paso:  
 " No le toqueis; su cerebro  
 " Puede estallar, como un vaso  
 " Sobre el fuego, á otra emocion  
 " Violenta: en breves instantes  
 " Volverá en sí; mas no hay medio:  
 " O vuelve en juicio, ó remedio  
 " Su mal no tiene, baron."

Hubo un momento solemne  
 De angustiosa expectativa  
 Al oír tal disyuntiva,  
 Que infalible saben que es:  
 Y en tal momento, á escucharse,  
 Oírse hubiera podido  
 El irregular latido  
 Del corazon de los tres.

Pasó la crisis; Don Carlos  
 Vá á volver á abrir los ojos:  
 Mas si vuelve en los antojos  
 De su locura á caer,  
 No habrá remedio, demente  
 Morirá. Trás un suspiro  
 Los abrió al fin lentamente  
 Y en sí comenzó á volver.

Poco á poco fué cobrando  
 Seguridad su mirada,  
 Y segun la fué posando  
 Poco á poco en su redor,  
 Fué en su boca una sonrisa  
 Inefable apareciendo,  
 Y al fin rompió á hablar diciendo:  
 "Rosa. . . . ¡mi padre! . . . el doctor!"

Prosternóse este de hinojos  
 Al reconocerle en juicio,  
 Reconociendo propicio  
 A su fé el favor de Dios:  
 Y al viejo baron llevándose  
 Al inmediato aposento,  
 Dijo: "solos un momento  
 Dejémosles á los dos."

De estos supremos instantes  
De felicidad completa  
No podrá ningún poeta  
Hacer jamás descripción.  
Yo ceso aquí: hay situaciones  
Que, por muy alto que pique,  
No hay pluma que las explique  
Cual las siente el corazón.

Lector, si amas como yo amo,  
Si vives como yo vivo  
Para un amor exclusivo,  
Tirano, avasallador,  
A obligarme á pintarte esta  
Injusto será que lleves  
Tu empeño, porque tú debes  
Figurártela mejor.

Mas si por desdicha tuya,  
O maldición de Dios, eres  
Uno de esos ruines seres  
Que no creen en el amor,  
Cual lo siento te lo digo:  
Aquí rompo y no prosigo,  
Porque no quiero contigo  
Perder mi tiempo, lector.

## EPILOGO.

### I.

Diez semanas despues eran esposos  
Rosa y Don Carlos. El baron habita  
Con ellos la pacífica casita  
Del campo del doctor, mientras los fosos,  
Las torres, las murallas y salones  
De su hendido y decrepito castillo,  
Vuelven á recobrar su antiguo brillo  
Gracias de Nasarina á los millones.  
Y no se harta el baron de pavonearse  
De uno en otro aposento,  
Desde cada ventana sin cansarse  
De mirar su castillo remozarse,  
Volverse blanco y ostentar al viento,  
En vez del esqueleto carcomido  
Que infundia pavor al pasajero,